

Capítulo 13. Carta N°13.



Le agradezco mucho, querida amiga, el que renuncie a definiciones y términos técnicos. La cosa marchará también prescindiendo de ellos, y así al menos no me veo en peligro de desacreditarme. Pues he de confesarle a usted, pero bajo el más estricto secreto, que yo las definiciones, provengan de otros, o de mí mismo, muchas veces no las llego a comprender.

En lugar de definiciones voy a hablarle a usted, de acuerdo a sus deseos, de algunos efectos más que provoca la prohibición del comercio carnal durante el período. Y ya que el destino ha querido que yo sea médico, hablaré de lo que tiene que ver con la medicina. Desde hace más o menos un siglo, desde que también se empezó a dar el curioso fenómeno de representar a los ángeles, figuras míticas claramente masculinas, con caracteres descaradamente femeninos, se hizo también moda el atribuirle a las mujeres una delicadeza de alma que se expresa en un acendrado horror a toda clase de erotismo, considerado y sentido como sucio, adjetivo especialmente aplicable a los días “impuros” de la mujer -los del período-, días que encerraban un vergonzoso secreto. Y esta imbecilidad –pues ¿cómo quiere que llamemos, si no, a una actitud que priva a las mujeres de su natural sensualidad, como si la Naturaleza fuese tan tonta que le fuese a dar menos concupiscencia a la parte que tiene que cargar con las fatigas del embarazo que a la otra?-. Esta imbecilidad llega tan lejos que estos manuales de que usted, con toda seriedad, habla tan alto, cuentan con la existencia de mujeres frías, publican estadísticas al respecto que no se basan sino en la hipocresía que el tiempo impone a la mujer, y así hundan a la mujer, ignorante científicamente, cada vez más en el engaño y la mentira. Pues -piensa la atemorizada criatura a quien nosotros llamamos joven dama-

¿por qué habría yo de no hacer como si no tuviese nada entre la cabeza y las extremidades inferiores si, de hecho, mi madre lo exige, mi padre lo supone y mi amado idolatra mi pureza? Normalmente la damisela sabe cumplir con pericia su papel, es más, hasta trata de vivir como auténtico lo que le han metido en la cabeza por educación, y sólo el torbellino de la cuarta semana es ya superior a sus fuerzas. Necesita ayuda, necesita una venda que, por así decirlo, le sostenga la máscara, y esa ayuda la encuentra en la enfermedad. Lo primero es que tiene dolor de riñones, dolor en la región lumbar. El movimiento anterior y posterior de esta región es lo que caracteriza la actividad de la mujer durante el coito; el dolor prohíbe ese movimiento, es decir, fortalece la prohibición previa.

No piense usted, querida amiga, que lo que yo pretendo con estas breves observaciones es solucionar alguna cuestión. Únicamente quiero hacerle comprender a usted lo que tan a menudo le ha resultado incomprendible, a saber, por qué yo trato de descubrir el objeto de la enfermedad en mis pacientes. Yo no sé si la enfermedad tiene algún objetivo o no, es más, ello me resulta indiferente. Lo que acontece es que esta clase de preguntas han resultado ser útiles y fecundas, pues de alguna manera consiguen poner en movimiento al Ello del enfermo y más de una vez contribuyen a que desaparezcan algunos síntomas. El procedimiento es bastante tosco, de curandero, si usted quiere, y yo soy plenamente consciente del desprecio con que lo miran los eruditos. Pero usted me ha preguntado y yo le contesto.

A lo largo del tratamiento acostumbro a recordarle alguna vez al enfermo que del semen masculino y del óvulo femenino humanos

Con todo cariño, su

PATRIK TROLL

Volver a Publicaciones de Groddeck

Volver a Newsletter 25-ex-51